

RAFAEL URIBE URIBE, UN PENSADOR VIGENTE

Luis Ociel Castaño Zuluaga

Antes que nada es para mí un gran honor estar aquí esta mañana, hablando de uno de los más caros personajes de la historia nacional como es Rafael Uribe Uribe, en medio de dos reputados y viejos liberales doctrinarios como son los doctores Evelio Ramírez Martínez y Jaime Sierra García, tan diferentes de los jefecitos liberales oportunistas de hoy, sin respeto alguno al “ideario” liberal. Hoy que las tesis socialdemócratas, hoy que la izquierda liberal se halla acéfala de dirigentes, hoy que los demócratas de izquierda nos encontramos aislados en medio de la anarquía de una mayoría que le apuesta al autoritarismo y a la violencia institucional, resulta esperanzador reunirnos aquí a conmemorar los 145 años del natalicio de un ser extraordinario como fue Rafael Uribe Uribe, nacido un día como hoy, un 12 de abril de 1859 y cuyo pensamiento continúa plenamente vigente a los casi 90 años de su sacrificio.

He de confesar que hacía cerca de veinte años que no me había vuelto a acercarme a los escritos del hombre de quien realizamos esta reseña en homenaje póstumo. Y permítaseme que lo llame por su nombre completo para no dar pie a deformaciones o extrapolaciones históricas tan de actualidad y a las que se recurre con torcidos y publicitarios intereses políticos. Rafael Uribe Uribe fue el personaje de admiración en mis mocedades y del cual leí casi toda su producción con devoción. Hoy ha vuelto a

renacer en mí, con mayor robustez, mi admiración por su pensamiento. Me ratifico en mis entusiastas impulsos de veinteañero, ahora que tengo la medida que otorgan los años y la experiencia. Para este foro volví a releer algunos textos de este hombre público y nuevamente me inclino reverente ante su memoria.

El más grande de los hombres públicos de Antioquia, en todos los tiempos, ha sido, sin duda, Rafael Uribe Uribe. Aquí tradicionalmente se le rinde culto a hombres notables, sin duda, aunque no tanto por sus obras sino por los cargos que ocuparon. En una sociedad como la nuestra, afecta a reverenciar el poder por el poder mismo, no falta quien considere que el "súmmun" de la historia está en alcanzar la primera magistratura de la nación, y como a tales se rinde tributo a la memoria de Carlos E. Restrepo, Marco Fidel Suárez, Pedro Nel Ospina, Mariano Ospina Pérez, Belisario Betancur o en la actualidad al doctor Álvaro Uribe Vélez. Para mí, ni siquiera tomando en conjunto lo mejor de estos mandatarios colombianos de origen antioqueño, podrían emular el aporte de Rafael Uribe Uribe a la historia.

Para mí la historia política y social colombiana se ha movido en torno a tres personajes de talla sin par, que por su legado, su pensamiento o su obra sobresalen entre otros grandes hombres. Son ellos, en su orden: Santander, Uribe Uribe y López Pumarejo. Estos hombres han cambiado la historia nacional con sus reformas y con sus planteamientos. El perfil civilista de la nación, el mérito de apuntalar un régimen republicano y democrático, centrado en el derecho y en la norma, lejos de las veleidades del caudillo, le correspondió, en una azarosa época a Santander y a su escuela de civilistas, integrada por Vicente Azuero, Ezequiel Rojas, Lorenzo María Lleras, José María Obando, José Hilario López, Manuel Murillo Toro.

Escuela en la que precisamente se embebe el pensamiento de Rafael Uribe Uribe y a la cual revigora cuando con sus aportes complementa el legado Santanderista, renovando la vieja doctrina liberal, inoculando nueva y vital sabiduría a este partido que la hace perdurar hasta la actualidad. Este hombre de talla continental impregna de contenido social la vieja doctrina liberal con sus atrevidas y precursoras tesis.

A su vez la grandeza de López Pumarejo radica en ser el realizador de parte de los planteamientos de Rafael Uribe Uribe, veinticuatro años después de su muerte. Su obra fue la de dotar de contenido social el Estado y el Derecho Nacional a partir de su reforma constitucional de 1936.

Por encima del hombre común y corriente se imponen los grandes hombres, y entre ellos sobresalen los seres excepcionales, si hemos de seguir la concepción de Carlyle. Y Uribe Uribe fue uno de esos seres geniales, sobresaliendo entre tanta notabilidad barata como la de nuestro inciensario nacional. El hombre del siglo XX colombiano, aunque no vivió sino sus primeros catorce años, fue sin duda Uribe Uribe.

Ni héroe, ni santo, solo un hombre pero de proporciones continentales. Un político de fecundas ideas sociales, un ideólogo innovador y un internacionalista como pocos. En este sentido no hablaré tanto del veleidoso soldado, pues es su faceta menos atrayente. En este aspecto Benjamín Herrera le es muy superior, hablo del enamorado de su causa, del idealista y del doctrinario. Referiré en esta apretada síntesis, al político y noble hombre, de sentimientos generosos, parco y sincero como el campesino que siempre fue. Labró con fecundidad los surcos de su tierra y los de la política nacional. Un sembrador no solo de café sino de ideas. Me ocuparé del hombre de profundo pensamiento jurídico, que es el pilar de su visión de estadista e ideólogo, de gran conciencia civil como la de sus predecesores santanderistas.

Trabajador incansable, sin que lo tuviera que pregonar por doquier. Amante del trabajo material e intelectual, su vida fue una constante labor. Nada megalómano, sencillo y frugal, enemigo de la adulación, parco y serio, pero de gran profundidad en sus escritos e intervenciones, porque eran sentidos y sinceros.

Se ocupó de asuntos serios, sus lecturas y autores preferidos así lo demuestran, volcado hacia temas sociales, filosóficos y doctrinarios. Lector aplicado de los clásicos del pensamiento social.

Fue un hombre sin dobleces, en cuya personalidad resalta la fidelidad a su ideal y a su credo político. Nunca dejó dejar atrás sus bienes materiales o sus negocios por apostarle a la incertidumbre de la guerra, cuando

consideró que no había otro camino más. Sobresale su desprendimiento de intereses económicos, primero estaban sus ideas que su fortuna, así lo indican las contiendas en las que participó: 1876, 1885, 1895, 1899-1902.

Se mantuvo fiel a sus ideales sociales toda su vida. No fue un tráfuga de doctrinas, como tanto prohombre a los que aún se rinde admiración, cuando en realidad deberían estar sometidos al escarnio público por traicionar sus ideales. Sobresale por encima de todo su incorruptibilidad, que contrasta con la de nuestros dirigentes actuales, salpicados de tratos deshonestos, faltos de ética ciudadana y carentes de sensibilidad social.

Un hombre que defiende sus ideas en una cámara donde sesenta representantes son conservadores y sus adversarios políticos y la suya es la única voz que mantiene en alto el credo liberal. Para mi es grande, no tanto como militar ni como moralista, sino como reformador y como periodista. Como hombre de ideas, como doctrinario, como uno de los impulsores de las doctrinas sociales. Es uno de los más notorios liberales de izquierda que ha producido nuestro país.

Y su preocupación por los asuntos sociales no era mero "snov" de político recolector de votos. Como presidiario ilustre que fue, en 1885-1886, 1895 y 1899, por las arbitrariedades con que le regalaron los regímenes contra los que se alzó, aprendió el dolor de los desarrapados, vivió en carne propia las injusticias del Estado, los abusos de los gobernantes, y por lo tanto, no podía ser sordo a los clamores de su pueblo. Un campesino como él, trabajador infatigable que hombro a hombro plantó su fortuna, sabía de las penurias de su gente.

De ahí que para él la paz descansaba sobre la igualdad, es decir sobre la justicia social.

Cuando se embarcó en la tormentosa guerra de 1899, ya consideraba que la causa fundamental, que engendra las revoluciones y que la justifica es la existencia de la desigualdad. Así lo decía en una pieza oratoria conocida como *Oración por la igualdad: Suave es vivir con sus iguales, gozando unos mismos derechos y sometidos al yugo de unos mismos deberes; pero no hay nada en el mundo que despierte y avive más las pasio-*

nes antisociales que el despecho, la envidia y el odio; nada que más humille, nada que más irrite, nada que suscite rencores más profundos y durables que la desigualdad, esto es, la desproporción excepcional de los privilegios y de las cargas. En una brillante intervención en el Congreso en 1898, citando una sentencia de Lamanais: cuando la libertad no es igual para todos, no está asegurada para nadie

Claro, aún por entonces luchaba por una igualdad política, pues la lucha por la igualdad social vendría luego de la posguerra. Y para alcanzar la igualdad, el primer paso a dar era el de la tolerancia y a ello se consagró con ahínco, aun antes de la guerra. En las sesiones del Congreso de 1898, pronunció su famosa intervención llamada oración por la Tolerancia, que hoy cobra plena vigencia: Decía allí que *el país se perdía por falta de tolerancia*, empatando con los clásicos del liberalismo, como Locke y Voltaire¹ Qué diagnóstico tan actual para el panorama de sangre y destrucción que nos rodea, 106 años después de sus palabras.

La realidad no siempre se corresponde con la razón, es más la realidad cotidiana es irracional en un país como el nuestro. Desde 1810 vivimos una época regida por la sin razón como la que alguna vez desangró a Inglaterra durante cerca de 100 años en que se enfrentaron salvajemente católicos y anglicanos. Pero de ese contexto de intolerancia surgió, igualmente, el dogma político por excelencia del liberalismo clásico, la Tolerancia. Con su carta sobre la Tolerancia John Locke² se convierte en el introductor de la libertad religiosa y en el primer proponente de la libertad civil como algo constitutivo del espíritu social. Algo por lo que siempre propugnó Uribe Uribe.

1 Y no solo así pensaba Locke, el gran Voltaire en Francia también llegó a escribir un tratado de la Tolerancia cuando decidió dar la batalla por esta idea humanitaria y racional. Para él, la intolerancia no había producido más que hipócritas o rebeldes. Sostenía que la razón podía más que el fanatismo, por grande que éste fuera: *la filosofía, sólo la filosofía, hermana de la religión, ha desarmado las manos que la superstición ensangrentó tanto tiempo; y el espíritu humano, al despertar de su embriaguez se ha asombrado de los excesos a que le habría arrastrado el fanatismo.*

Voltaire. Tratado de la Tolerancia. Editorial Crítica. Barcelona 1977. Pp. 175.

2 Locke, John. Carta sobre la Tolerancia y Otros Escritos. Grijalbo, México, 1970, pp. 155.

Como Locke, Uribe Uribe planteó en nuestro medio acerca de que había que evitar la violencia y la injusticia. A la justicia hay que imponerle los deberes de la benevolencia y de la caridad. Hoy diríamos humanidad. Ningún hombre, ni siquiera el gobernante puede atentar o disminuir los derechos civiles de otro, por el hecho de que este se declare distinto política o religiosamente a aquel.

Si bien buscó la justicia social primero mediante la oportunidad de las armas, terminó aceptando que a ella se podía llegar por las leyes. Su formación de jurista siempre lo puso al lado del derecho, de la razón y de la justicia. En su primera época, hasta la guerra de los Mil Días fue el paladín de la libertad. El resto de su vida se erigió en el apóstol de la justicia social, cuando comprendió que habían valores por encima de la libertad, como era la solidaridad. Fue el renovador de la vieja doctrina liberal, como Locke encontró que la tolerancia era el único camino a seguir, acompañada de justicia social. Fue ese el sendero que le trazó al liberalismo en el siglo XX, el de lo social. Buena parte de los principios y valores que prohija la Constitución de 1991 los podemos apreciar en el pensamiento y escritos de Uribe Uribe, más de 80 años antes de su promulgación.

La derrota y el desgaste del tiempo fueron transformando a Uribe Uribe de un exaltado belicista en un estadista partidario de la paz, en un pacifista a ultranza. Después de apreciar la hecatombe bélica y los grados de inhumanidad alcanzados en la Guerra de los Mil Días, en que algunos hombres de sólidos principios morales y católicos a ultranza se convirtieron en verdaderas bestias, después de contemplar el país en ruinas, después de más de cien mil sacrificados en combate, después de la desolación que reinaba, después del 24 de octubre de 1902 cuando firmó su tratado de paz en Neerlandia, Uribe Uribe cambió su sable de guerrero por la pluma del escritor, trasladando su campo de batalla al periódico y al parlamento.

En esta faceta, en modo alguno nueva para él³ como periodista, escritor y orador se aparece en su verdadera dimensión de genio, hasta tornarse en

3 Rafael Uribe Uribe sobresale, no por haber andado protagónicamente los caminos de la guerra sino por su ingente labor periodística, fomentando el progreso material y espiritual de su pueblo. *Fue un escritor de fina pluma. El periodismo fue el medio indicado para dar rienda suelta a su inteligencia. En 1882 fue uno de los redactores de la Consigna y La*

temible y demoledor, convirtiéndose en más peligroso, para el régimen y sus adversarios, con su palabra y su pluma que con su espada de militar, que no en vano fue la de Maceo, el líder de la independencia cubana.

Uribe Uribe encarnó en la posguerra la conciencia social liberal y la concordia para reconstruir una nación en ruinas. De la guerra salió renovado, como si al contacto con el pueblo llano se hubiera sensibilizado. Desde entonces predicó el liberalismo de izquierda contagiado de ideas corporativistas y de asistencia social y pública. Postuló un *Socialismo de Estado*, como la forma de resolver los conflictos económicos y sociales desde arriba, desde el Estado, antes de que se presentaran desde abajo y por las vías violentas. Estimó prudente un mayor intervencionismo del Estado que viniera a regular las relaciones económicas y a distribuir de una manera más democrática y justa la riqueza nacional y el bienestar social. Lo concibió como una especie de profilaxis administrativa: *un intervencionismo que busca ante todo justicia social, mayor equidad en la distribución de la riqueza y con ella mayor bienestar para las clases oprimidas.*

En su pensamiento social, lo podemos considerar como el precursor del derecho laboral colombiano. Se apersonó de la defensa del derecho de los obreros a una vida más justa; buscó el incremento salarial y una mejora sustancial en la educación de las masas proletarias. Habló de la limitación de las horas de trabajo, del descanso semanal, de la reglamentación de las labores para menores y mujeres, de la seguridad industrial, de la atención médica, de los accidentes de trabajo. Abogó por las pensiones de vejez, invalidez y de muerte; impulsó el establecimiento de cajas de ahorro y, en fin, se preocupó por la seguridad social de pueblo colombiano.

Unión. Dirigió también El Republicano y colaboró en El Relator. En 1884, en Medellín, fundó El Trabajo, periódico serio y de gran acogida entre la sociedad antioqueña.. Cuando en 1886 dirigía La Disciplina fue reducido a prisión y desterrado del Estado de Antioquia. En 1891 colaboró en El Espectador. En 1898 fue uno de los fundadores de El Autonomista, diario capitalino de gran influencia en la vida del país y desde cuyas páginas se incubó la revolución de 1899, alentando las ansias de libertad de un pueblo oprimido. En 1911 fundó el diario El Liberal, como órgano ideológico directriz de su partido, propagador de las ideas liberales y fomentador del progreso nacional.

Castaño Zuluaga, Luis Ociel *Uribe Uribe, Rafael* en Gran Enciclopedia de Colombia, Tomo 10.

Biografías, Círculo de Lectores, Santafé de Bogotá, 1994, Pp 600-602.

Solicitó la promulgación de un Código de Trabajo que viniera a evitar las injusticias. Consideró al Sindicalismo como un factor importante como fuerza ordenadora del querer de los obreros. Del Cooperativismo llegó a conceputar que era uno de los medios para transformar las condiciones del país: *lo que se necesita es el desarrollo del espíritu de asociación*. Abogó por una reforma agraria, justa y equitativa.

Demostrado está, ahora, como en la regeneración de Núñez y de Caro, que un nuevo país no se construye con intolerancia y con la fuerza. La intransigencia da pie a nuevas conmociones, en que se derrama necesariamente la sangre de los ciudadanos y se recrea infaustamente la violencia, así lo comprendió este gran hombre. Pero no nuestros estadistas. Entendió también que la paz no se alcanza y menos se conserva estrangulando la libertad y persiguiendo nacionales hasta el exterminio, ni con facultades omnímodas para los gobernantes, ni con principios autárquicos, con facultades y límites para el Ejecutivo.

Precisamente Rafael Uribe Uribe se alzó contra la irresponsabilidad presidencial internacionalista documentado y defensor de la integridad nacional. Autoridad en derecho internacional. Preocupado de las cuestiones territoriales y por la defensa nacional, por las libertades públicas y por los derechos individuales. Abolicionista de la pena de muerte.

Denunció un estilo de concebir el Estado, que hoy pareciera repetirse, en que el ejecutivo era el dueño absoluto del poder, puesto que el legislativo y el judicial eran simples ramas, apéndices de un ejecutivo omnímodo, arbitrario e irresponsable.

La regeneración y el partido nacionalista, contra los que se rebeló, dieron origen a un régimen que hizo una constitución, no para un país y sociedad, sino una carta política para un partido excluyendo a los demás.

Hoy, como ayer, las circunstancias son las mismas, con una autoridad Hobbesiana mal concebida. Hoy, como en aquella época, son muchos los que luchan en medio de la violencia. Hoy como antaño florece una *industria de la guerra*. No falta quienes especulen y amasen enormes fortunas con la situación de orden público y de inseguridad que se vive. Antes se hicieron jugosos negocios con la violencia y hoy se continúan haciendo.

Los gobiernos nacionalistas e históricos obcecados en su política de exterminio, no cesaron ni siquiera cuando iban a perder a Panamá, por eso se negaron a firmar la paz que Uribe Uribe ofrecía desde Nueva York, cuando comprendió que la integridad territorial nacional estaba en peligro ante la posible intervención norteamericana. Como luego así mismo lo hiciera el General Benjamín Herrera, invicto en Panamá, en histórica frase de florilegio, cuando puso *La Patria por encima de los partidos*.

Dígase lo que se diga, los tiempos que presencié Uribe Uribe fueron heroicos y de gloria, en los que se luchaba por las ideas y se sacrificaba la vida misma por mantenerse fiel a un ideal. Pobres tiempos los nuestros donde no abunda sino la corrupción y los tránsugas de partido, donde priman los intereses personales sobre los principios doctrinarios y las clases intelectuales se muestran pusilánimes y cobardes, cuando no es que están ajustadas a las directrices del poder, de cuyos gobernantes se erigen en corifeos.

Cuanta falta hace a nuestros gobernantes volver sobre los clásicos del pensamiento liberal y social, entre ellos a Rafael Uribe Uribe, para que guíen su camino. En este sentido nos apartamos de la tesis de Marx cuando planteaba que la miseria de la filosofía consistía en que era capaz de interpretar el mundo, pero incapaz de modificarlo. Al contrario, estimo que el único camino que le queda a Colombia es el de aprender de los errores del pasado, el de cambiar de actitud política, el de leer y analizar, el de establecer una opinión pública vigilante de los intereses de la sociedad. El volver a releer y poner en práctica las enseñanzas de los clásicos de la doctrina liberal y social, nos puede sacar del laberinto de sangre y de opresión en que vivimos sumidos.

Rafael Uribe Uribe cayó cegado, un 15 de octubre de 1914, a los 55 años de edad, no por los proyectiles letales a los que se expuso temerariamente y con desdén en cuatro guerras civiles, no sucumbió a las epidemias y a las enfermedades tropicales en su infatigable recorrido por los ríos, mares, páramos, montañas, valles y selvas de la América tropical para venir a caer derribado por las hachuelas de dos oscuros obreros, alienados por discursos y escritos de los líderes del partido republicano, que alimentaron sus odios en contra del prohombre.

Bibliografía

CASTAÑO ZULUAGA, LUIS OCIEL. *Uribe Uribe, Rafael* en Gran Enciclopedia de Colombia, Tomo 10, Biografías, Círculo de Lectores, Santafé de Bogotá, 1994, Pp. 600-602.

SANTA, EDUARDO. *Rafael Uribe Uribe*. Bedout 1973

URIBE URIBE, RAFAEL. *Obras Selectas*. Compilación, Jorge Mario Eatsman. Bogotá, Cámara de Representantes, 1979.

URIBE, URIBE, RAFAEL. *Labor Parlamentaria*. Medellín, Beneficencia de Antioquia, 1980

URIBE URIBE, RAFAEL. *Documentos Militares y Políticos*. Medellín. Beneficencia de Antioquia, 1982.